

CULTURA

Dos veces destruida y dos veces reconstruida

La sinagoga Hurva



POR SONJA FRIEDMANN

La controvertida decisión sobre la reconstrucción de la más emblemática de las sinagogas de Jerusalem.

Probablemente la tarea más difícil que debe enfrentar un arquitecto contemporáneo (y las autoridades mandantes) es la reconstrucción de un monumento histórico o emplazado en un sector de fuerte personalidad urbanística.

La solución fácil es la imitación estilística. Un paso adelante, muy frecuente y exitoso, es una versión escueta, simplificada, en la cual se replican elementos tales como volumetría, proporciones de vanos y llenos, alturas u otros. La proposición más audaz consiste en algo totalmente nuevo, trabajado por contraste, en lugar de analogía con el contexto inmediato.

Esta fue la compleja decisión que enfrentaron los arquitectos y autoridades israelíes frente a la reconstrucción de la sinagoga Hurva (en hebreo, ruina), en el sector judío de la ciudad vieja de Jerusalem.

La carga histórica y el carácter del barrio eran excepcionalmente fuertes.

Ya en el siglo segundo de la era cristiana, transcurridos menos de cien años desde la destrucción del Segundo Templo, existía en el lugar una precaria sinagoga.

En el siglo trece se llamaba a esa área «el Complejo Ashkenazi» por los judíos europeos que se habían asentado allí.

El primer edificio se comenzó a construir a fines del siglo diecisiete. El rabino Judah el Piadoso (Segal) había reunido cerca de mil quinientos seguidores en Moravia y Alemania y se dirigió a Jerusalem a levantar una casa de oración.

Tras su muerte, el desánimo y la falta de apoyo económico llevaron a los recién llegados a contraer deudas cada vez más cuantiosas. Finalmente, fueron expulsados de la ciudad y, en 1721, los árabes destruyeron y quemaron la sinagoga y el patio.

Casi un siglo más tarde, un grupo de estudiantes del Gaón de Vilna, liderados por el rabino Menahem Mendel, se esforzaron por recuperar el sitio. El rabino Abraham Shlomo Zalman, mano derecha del anterior, se hizo cargo y obtuvo los permisos de construcción. Comenzó la remoción de escombros y en 1837 fue inaugurado allí un Seminario, completado más tarde con una Yeshivá. Sucesivos conflictos con los árabes, que asesinaron a va-



HURVA, 31 DE MAYO 2010.



INTERIOR ACTUAL.

rios rabinos, entrabaron su continuidad.

En 1856 se inició una nueva construcción gracias a gestiones diplomáticas británicas y austríacas, a fuertes manifestaciones políticas y a los fondos proporcionados por Sir Moses Montefiore, los Rothschild y comunidades de San Petersburgo, Bagdad, El Cairo y la India. Fue el propio arquitecto del sultán otomano, Assad Efendi, quien concibió un proyecto que superaba en altura a Al Aqsa. La primera piedra se colocó en la primavera de 1856, en presencia del Barón Alphonse Rothschild. Su construcción y alhajamiento se prolongaron por ocho años, inaugurándose en 1864. Los diarios y revistas de la época comentaron su imponente altura, la magnificencia de la sinagoga y la enorme cúpula. Muchos artistas la dibujaron, pintaron y reprodujeron en grabados que recorrieron el mundo.

Desde su inauguración hasta que fue volada por una Legión Jordana en 1948, era la más impresionante de las sinagogas de Israel y su diseño sirvió de modelo a otras.

En 1967, Iaacov Salomón, tataraniego del Gaón de Vilna, lideró una campaña para la reconstrucción. Se dirigió a Ram Karmi y a su hermana Ada Karmi - Melamed, quienes más tarde serían los arquitectos del edificio de la Corte Suprema de Israel, entre otras obras importantes. Ellos le propusieron que recurriera a Louis Kahn (1901 - 1974), famoso arquitecto de Filadelfia cuyo nombre original era Itze Leib Schmuilowsky.

Kahn presentó un osado proyecto, cuya maqueta estuvo expuesta durante mucho tiempo en el Museo de Israel. Proponía que se dejaran las ruinas como Memorial, la construcción de la sinagoga en un terreno anexo y un corredor, «la Ruta de los Profetas», que llevaría hasta el Muro de los Lamentos.

Las autoridades rechazaron la implantación de esa obra, calificándola de «muy radical». Por su parte, artistas y arquitectos de avanzada, como Moshé Safdie, autor de edificios importantes en Israel y Canadá, opinaron «que era absurdo pensar en reconstruir la Hurva como si nada hubiera sucedido».

En 1978, posponiendo una decisión, se levantó uno de los cuatro arcos originales.

En el año 2005, el gobierno anunció que el edificio sería reconstruido en su aspecto original, destinando un fondo de más de seis millones de dólares para las obras, que se complementó con donaciones de los magnates judíos ucranianos Vadim Robinovich e Igor Kolomoiskin.

El diseño, encargado al arquitecto Nahum Meltzer, ha simplificado, hasta cierto punto, la imagen original. Y ha debido incluir otros cambios, como la habilitación de un piso zócalo, que contiene el refugio antiaéreo a que obliga la Ordenanza Municipal, con lo que el edificio se eleva dos metros más que el antiguo.

Se ha conservado un trozo de muro de piedra salvado de la destrucción y se incorporaron pinturas diseñadas por Meltzer y realizadas por Yael Kilmenik, representando, como está documentado, que existían anteriormente la Torre de David, la Tumba de Raquel, una vista del Mar de Galilea y la Cueva de los Patriarcas, en Hebrón.

Pero, tras la inauguración, las discusiones siguen. Algunas, en tono tan ácido como lo dicho por Ada Karmi - Melamed: «Dos arquitectos judíos llegaron. Uno como Moisés trayendo los Diez Mandamientos, lleno del fuego del desierto. El otro, como El Violinista en el Tejado. El Violinista venció».

NOVEDADES

en Biblioteca Jaime Pollak Ganz

GILBERT BORDES

«LOS NIÑOS DEL INVIERNO»

EDICIONES B, 2010.

Invierno de 1943, en un valle de los Pirineos franceses.

Unos guías han sido capturados mientras intentaban evacuar a seis hijos de miembros de la Resistencia hacia España. Apenas tuvieron tiempo de

ocultar a sus protegidos, y se niegan a entregarlos. Furiosos, los SS los ejecutan. Tras buscar infructuosamente a los niños, los verdugos deciden abandonarlos al frío, destruyendo la única pasarela por la que podrían regresar al valle. Los seis chicos son ahora prisioneros de la montaña, y el invierno sólo está empezando. Deberán organizarse, encontrar víveres y fuego, y superar las diferencias sociales y religiosas para tener alguna posibilidad de sobrevivir.



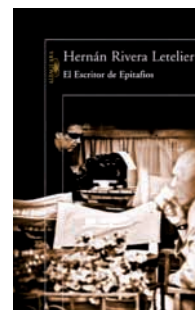
HERNÁN RIVERA LETELIER

«EL ESCRITOR DE EPITAFIOS»

AGUILAR, 2011.

«Le dicen el Escritor de Epitafios, pero en verdad es un ángel. Un ángel de café. Y como tal, lleva una apacible vida bajo el toldo de su café preferido, apacible hasta la tarde en que ve pasar a la niña

gótica que le ha de trastocar la existencia para siempre; una niña bella y delicada como sus guantes negros, de encaje, sin dedos». Los ángeles con alas no existen, explica el Escritor de Epitafios, de tenerlas, dice, necesitarían una musculatura colosal y no poseerían ni la gracia ni la levedad con que se les pinta. Los ángeles, para él, son seres humanos transfigurados y se reconocen porque son irresponsables como pájaros, lúcidos como estrellas, adoradores de nubes y cazadores de crepúsculos. El ángel de esta historia (apodado el Escritor de Epitafios) pasa sus días en el café mirando pasar la gente y las nubes, hasta que aparece la niña gótica, un ángel felino, que habla de la noche y de la muerte, y comienza su caída.



BAAL SHEM TOV

«CUENTOS JASÍDICOS»

LONGSELLER, 2004.

Los relatos y anécdotas contenidos en este libro constituyen un tesoro sin igual: son las historias que reflejan enseñanzas, angustias, vicisitudes y hazañas de los

maestros del jasidismo, un movimiento dentro del judaísmo que, a partir del siglo XVIII, proporcionó un nuevo y atractivo enfoque a la relación del hombre con lo divino.

